

Madeline Cámara

University of South Florida
camaram@usf.edu

Glosas al «Diario de campaña» de José Martí sugeridas por María Zambrano y José Lezama Lima
Rereading José Martí's "Diario de campaña" through María Zambrano and José Lezama Lima

Resumen

Tomando como pauta las lecturas hechas por María Zambrano y José Lezama Lima del *Diario de campaña* de José Martí, glosamos el último texto escrito por el patriota y escritor cubano para sugerir que estamos no solo ante un testimonio sobre la guerra sino, esencialmente, ante una interpretación mística del amor a la Patria.

Palabras clave

Misticismo, poesía, guerra, violencia, belleza, Dios, patria y naturaleza.

Abstract

Considering the readings of María Zambrano and José Lezama Lima, this essay revisits *El Diario de Campaña*, a significant work by José Martí, the most important Cuban writer of the nineteenth century, and both a key figure in Modernism and the intellectual leader of Cuban Independence in 1895. We review his final literary work and propose that his pages present a mystic interpretation of patriotic love.

Keywords

Mysticism, poetry, war, beauty, violence, god, motherland, nature.

Recepción: 2 de octubre de 2017
Aceptación: 20 de noviembre de 2017

Aurora n.º 18, 2017, págs. 18-24

De Martí creemos saber lo necesario hasta que luego
intuimos que apenas ignoramos lo suficiente.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Tengo delante un telar. En el centro la breve pieza *Diario de campaña* de José Martí, como un cáñamo fuerte del cual parten mis glosas que no son más que hilos de las lecturas hechas de este texto por José Lezama Lima y María Zambrano hace unas décadas. La filósofa española que se convirtió durante su exilio en Cuba en la sibila de Orígenes, lee el libro bajo la influencia del guía del grupo, Lezama, que ha decidido iniciar a su amiga en los misterios de la nación cubana. Las tres figuras que iré enlazado, tomando como pauta las glosas del *Diario*, tienen en común ser poetas-filósofos, indagadores del sentido último de las leyes del universo. Tentativamente, los sitúo como continuadores —dentro de la Modernidad en

que escribieron— de aquellas búsquedas que vienen ocupando a filósofos desde el Renacimiento hasta nuestros días, de Steuco a Leibniz, pasando en nuestro siglo a la cultura popular a través del poder diseminador de Huxley. Esta corriente, que podríamos incluso datar más atrás en la Historia, la podemos agrupar bajo el término de «*philosophia perennis*».¹ Otros podrían llamarle «tradición», siguiendo a René Guénon —por cierto, leído por Zambrano y Lezama—, pero la discusión de términos no es el tema que nos ocupa en estas páginas que subrayan un diálogo transatlántico y transhistórico. Zambrano y Lezama nos convocan a rescatar en las páginas del *Diario de campaña* la singular espiritualidad de Martí, que ellos reconocen como un par. La *sizigia* entre los tres es clara y poderosa y espero poder dar fe de ella en estas notas.

Bajo estas luces permítaseme presentar una mirada más íntima sobre un texto que precisa ser escuchado en recogimiento, porque estamos ante la voz autoral que relata el encuentro de un hombre con su destino. El hombre que llega a Cuba un 11 de abril de 1895, y luego de pisar tierra escribe como por mandato hasta el día 17 de mayo, ha dejado atrás el tiempo histórico y entra en el tiempo de la liberación personal. Cito de su diario: «Llueve grueso al arrancar [...] Fijamos rumbo. Llevo el remo de proa. Nos ceñimos los revólvers [*sic*][...] La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras. [...] Me quedo en el bote vaciándolo. “Salto. Dicha grande”».² Anota en estas primeras líneas que se ha quedado solo, vaciando el agua; a primera vista, puede parecer una información fútil, pero nos está entregando un estado de espíritu: ya es un soldado y cumple con sus deberes, pero incluso en ese momento se regocija en su voluntad de soledad y de sacrificio. Hasta el pronombre ha cambiado: del majestuoso plural que tanto parece gozar, ese «nosotros» que lo hermana con la tropa, a la primera persona, un «yo» sin intimidad, propio de los místicos que, como veremos posteriormente, engendrará una particular escritura.

María Zambrano vio esto con agudeza cuando escribió sobre el *Diario de campaña* un texto que tituló «Martí, camino de su muerte», publicado en 1953 como parte del homenaje nacional en el Centenario de la muerte de Martí, al cual se sumaron Lezama y el grupo Orígenes con un número especial de la revista. Cito de Zambrano:

Se había vencido asimismo —que tal cosa es sacrificarse—. Nacido poeta tuvo que ser hombre de acción. Y toda acción es de por sí violenta [...] Y se le siente y se le ve revistiéndose de su condición terrestre, imponiéndose el deber de ser hombre; cumpliendo como en sacrificio ritual de la dignidad, el entrar en la violencia. Al hacerlo así, apuró su destino de hombre: pues no tenía vocación guerrera y fue a la guerra —un laberinto de violencias— por destino.³

Si nos adentramos en el diario a través de esta cala que abre Zambrano, encontramos abundantes pruebas de cómo vive y describe

1. Une a Martí, Zambrano y Lezama la idea de que existe una doctrina única y eterna que se expone mediante las manifestaciones esotéricas de cada una de las religiones existentes. Por esta razón considero que se les puede llamar perennialistas. Algunos textos contemporáneos que abordan el tema del perennialismo son: *The Perennial Philosophy* by Aldous Huxley, *The Underlying Religion*, editado por Martin Lings y Clinton Minnar; *Again the Modern World*, de Mark Sedwick; e «Is there a Perennial Philosophy?», de Huston Smith (*Journal of American Academy of Religion*, vol. 55, n.º 3, otoño de 1987, págs. 553-566).

2. Martí, J., *Diario de campaña*, Barcelona, Red, 2014, pág. 9.

3. Zambrano, M., «Martí, camino de su muerte», en *La Cuba secreta y otros ensayos* (ed. Jorge Luis Arcos), Madrid, Endymion, 1996, págs. 143-144.

4. Certeau, M., *Heterologies. Discourse of the Other*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1986, pág. 81.

5. Martínez Estrada, E., *Martí revolucionario*, La Habana, Casa de las Américas, 1967, pág. 389.

6. *Ibidem*, pág. 387.

7. Citado en González Cruz, I. (ed.), *Diccionario. Vida y obra de José Lezama Lima*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2000, pág. 139.

8. *Ibidem*.

Martí su inmersión final, sacrificial, en la belleza (significada por la naturaleza y la gente de vida natural) y en la violencia (representada por los avatares de la guerra y por las intrigas en torno al poder). La reconciliación en este texto de su doble circunstancia de poeta y hombre de acción, que bien subraya Zambrano, se resuelve en la que he llamado «escritura mística», siguiendo la concepción de mística de Michel de Certeau quien encuentra su origen no en creencias afirmadas por una institución y una teología tradicional, sino en una experiencia que habla a la conciencia, o lo que él llama «una experiencia fundamental de la realidad».⁴

Avancemos por los encuentros con la belleza del mundo vegetal, animal y de los tipos humanos que le ofrece la isla. Muchas de sus anotaciones podrían tener más de una lectura. Subrayo primero la «telúrica» del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, que siente en Martí «el amor franciscano a la tierra»,⁵ y que ve esta obra «como parte del ciclo mítico del destierro del héroe y el regreso para su muerte».⁶ Otra lectura del *Diario* es la «anagógica», que propone el cubano José Lezama Lima. Siguiendo ese tipo de hermenéutica, la naturaleza descrita en el diario martiano puede entenderse como «espacio gnóstico».

A muchos les resultará familiar la aplicación del concepto de «espacio gnóstico» en el trabajo hecho por Lezama a través de toda su obra por recrear la identidad latinoamericana, y en particular la cubana, liberándola del servilismo a la imagen occidental. Mucho de lo dicho se ha limitado a atribuirle al poeta la idea de la existencia de un neobarroco en nuestras tierras, término de tan abusivo uso. Lo doy por aceptado, pero traigo ideas menos comentadas que abren nuevas magnitudes. Considérese esta definición lezamiana:

El imposible al actuar sobre el posible, crea un posible actuando en la infinitud. En el miedo de esa infinitud, la distancia se hace creadora, surge el espacio gnóstico, que no es el espacio mirado, sino el que busca los ojos del hombre como justificación.⁷

Y luego veamos cómo aplica esta definición a la identidad de América Latina:

En la influencia americana lo predominante es lo que me atrevería a llamar el espacio gnóstico, abierto, donde la inserción con el espíritu invasor se verifica a través de la inmediata comprensión de la mirada. Las formas congeladas del barroco europeo, y toda proliferación expresa un cuerpo dañado, desaparecen en América por ese espacio gnóstico, que conoce por su misma amplitud de paisaje, por sus dones sobrantes.⁸

Con estas palabras de trasfondo, se debe regresar a la lectura de Lezama sobre el *Diario* en su texto «Sentencia de Martí», de 1958 y compilado por Vitier. Dice Lezama:

Su afán de tocar la tierra antes de morir era una exigencia de esa hipérbole ganada a su inanición, pues necesitaba ese punto de tangencia para demostrar que su imaginación tenía una fulminante gravedad. Su imaginación al volcarse sobre ese punto terrenal, poco antes de morir, le ganaba dimensiones inauditas, medidas de precisión punteadas por quien viene de la imagen hasta el hecho de comprobación asombrosa.⁹

Nótese el tópico, afín con la descripción bíblica de Moisés, del que llega a la tierra prometida para descansar en ella, aspecto que ha permitido a algunos acercar a Martí a la figura de un profeta. Sin embargo, tiendo a ver en la frase de Lezama otra dirección de sentido: aquella que apunta hacia el poder de realización de la imago, el cumplimiento de lo que ella crea —imbuida por el Espíritu Santo— y lo que ella denota en cuanto signo lingüístico. Sabiendo que para el autor de *Paradiso* «el signo contiene el pneuma que lo impulsa»,¹⁰ creo que es precisa esa lectura filosófico-religiosa del ensayo para comprender por qué necesita Lezama «nombrar» a Martí. Me inclino a pensar que por esta vía de reflexión habría que andar para entender por qué las intrigantes «Eras imaginarias», concebidas por Lezama Lima dentro de su libro *La cantidad hechizada*, culminan en José Martí. Asombroso *fnale* si recordamos que la genealogía de culturas y personalidades, aparentemente distintas y distantes, que conforma a las «Eras imaginarias» comprende a los idumeos, los egipcios, los etruscos, la sabiduría taoísta, los aztecas y los reyes merovingios, entre otros. No podemos desdeñar el linaje teológico de la imagen poética lezamiana por ser las «Eras imaginarias», en palabras de Lezama, la verdadera historia de la poesía, la encarnación de la «imago» en «grandes fondos temporales» y en «situaciones excepcionales que se hacen arquetípicas, que se congelan, donde la imagen las puede expresar al repetirse».¹¹

Regresemos de nuevo al texto martiano: «Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado! Miro del rancho afuera, y veo, en lo alto de la cresta atrás, una paloma y una estrella».¹² Como místico, lo sensorial le hiere, pero como poeta alcanza a nombrarlo. Cuando ante nuestros ojos de lectores eruditos aparecen una paloma, la luz, la montaña, nos remitimos a símbolos bíblicos, coránicos o de aliento sufí; pero no es necesario ir a la intertextualidad para recibir el mensaje de Martí. Todos los símbolos acuden a él.

Como ha señalado Iván Schulman, haciendo uso de Jung, los símbolos martianos pueden ser entendidos como «arquetípicos» y algunos de ellos serían parte de un inconsciente colectivo.¹³

Creo con Zambrano que Martí va en ese momento «desnudo», «sin máscara», «como si hubiera muerto ya».¹⁴ Y no significa esto falta de vitalidad. Sentimos el regocijo de Martí por los manjares novedosos que se le presentan: «buniatos», «cañas», «pollo», «rica miel», «pláta-

9. Citado en Vitier, C., *Martí en Lezama*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000, pág. 50.

10. Lezama Lima, J., *La cantidad hechizada*, La Habana, Letras Cubanas, 2010, pág. 17.

11. *Ibidem*, pág. 32.

12. Martí J., *Diario de campaña*, *op. cit.*, pág. 10.

13. Véase Schulman, I. A., «El simbolismo de José Martí: Teoría y lenguaje», en *Inti: Revista de literatura hispánica*, n.º 8, agosto, Rohde Island, 2016, pág. 4 (<http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss8/2>).

14. Zambrano, M., «Martí, camino de su muerte», *op. cit.*, pág. 14.

15. Martí, J., *Diario de campaña*, op. cit., págs. 9, 10, 11.

16. *Ibidem*, pág. 10.

17. *Ibidem*, pág. 18.

18. *Ibidem*.

19. *Ibidem*, pág. 15.

20. Zambrano, M., «Martí, camino de su muerte», op. cit., pág. 145.

21. Martí, J., *Diario de campaña*, op. cit., pág. 29.

nos», «carne de puerco, aceite de coco».¹⁵ Pero advierto que es porque le son ofrecidos, pues no se menciona que él los deguste; se habla de formas, colores, olores pero no de sabores. Son ofrendas, y los santos no comen.

Unas veces es el mundo vegetal el que se presenta hostil; del 25 de abril leemos: «Jornada de guerra [...] Perdíamos el rumbo. Las espinas nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y nos azotaban [...] A las once, redondo tiroteo. Tiro graneado que retumba, contra tiros velados y secos».¹⁶ Y otras veces es la violencia de la muerte de otros, el dolor en carne ajena que tanto le hiere, y para el cual tiene sin embargo una capacidad de contemplación, una distancia, que a él mismo le asombra: «¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que vi en el camino ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro?».¹⁷ Pero los registros más inquietantes de la violencia de la guerra para Martí son las intrigas políticas que le afectan directamente a él y, peor aún, a su soñada república. Cito del día 5 de mayo: «Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de generales con mando [...] me habla cortándome las palabras». Confía en el diálogo, pero lo ocurrido entre ellos le provoca indignación y dolor que vuelca en palabras durísimas: «Me hiere y me repugna».¹⁸

Pasemos de nuevo a la coordenada que apunta hacia la belleza mediante menciones al agua. Ha atravesado el mar y una vez en la isla el agua toma formas más modestas y dulces: el río, el cañadón, las pozas, en fin, el reino de Ochún: «Baño en el río, de cascadas y hoyas, y grandes piedras, y golpes de caña a la orilla. Me lavan mi ropa azul, mi chamarreta».¹⁹ Zambrano va a aludir al agua desde un sentido místico cuando habla de la exposición gozosa de Martí a «la lluvia pura sufrida en silencio». Cito sus palabras: «es el mismo Martí quien la sufre y la ha elegido como el elemento de su ser. [...] ha habido hombres que han querido vivir a la intemperie, para sentir hasta calarles los huesos esa lluvia incesante que siempre cae sin protección, sin albergue. La lluvia pura del destino aceptado como algo celeste».²⁰ Obsérvese el uso temprano del sustantivo «intemperie» que domina el influyente texto de la autora «Carta sobre el exilio» de 1961. En el artículo sobre Martí, aunque el centro es el hombre mismo y no su exilio, al ubicar al cubano «en la intemperie» ya establece Zambrano la conexión filosófica entre el espacio físico y la libertad moral que puede alcanzar el individuo.

Siguiendo el hilo del agua en el *Diario de campaña* llegamos al lugar donde entregará su vida entre dos ríos: en la fecunda sabana donde el Contra maestre sale al encuentro del Cauto. Reconstruyo la *mise en scène* que le esperaba el 19 de mayo. En la nota del 9 de mayo se lee: «De suave reverencia se hincha el pecho, y cariño poderoso, ante el vasto paisaje del río amado. Lo cruzamos por cerca de una ceiba».²¹ Tal pareciera que Iroko —la ceiba para los yorubas— ya estaba

allí, presta a cubrir con su sombra el cadáver y robarle el aliento antes de que los españoles profanaran el cuerpo. No se le escapa a Zambrano, conocedora de las esencias africanas por su trato con Lydia Cabrera y Fernando Ortiz, la presencia de nuestro árbol madre y glosa esta parte del diario diciendo: «Y junto a la ceiba, ese árbol que pudiera ser la más pura expresión de la tierra y el cielo de Cuba que parece tocar con su copa, habría de caer para levantarse en una doble existencia».²² ¿Lo había intuido Martí cuando escribe en sus versos que moriría «de cara al sol»? El tiempo se le acaba, lo sabe desde 1888 cuando escribe a Enrique Estrázulas: «Tengo 35 años, necesito tres años más antes de elegir lugar para morir».²³ ¿Sintió Martí al cabalgar al encuentro de la tropa enemiga lo que Lezama llamaba «súbito» esa «fulguración donde todos los torreones de la causalidad son puestos al descubierto».²⁴ No lo sabremos nunca. El hecho era tan injusto que se tornó inexplicable y generó diferentes narrativas sobre la caída en Dos Ríos en las que se ha buscado hasta la saciedad lo que es indecible en palabras de otros. Solo Martí supo, porque murió, diré parafraseando el misterio de un verso del poeta español José Ángel Valente.

El 14 de mayo de nuevo está «inquieto». La larga cita se hace necesaria porque une la confesión de una pena y la reflexión de alto alcance político. «Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo», pues piensa Martí que «a campo libre la revolución entraría naturalmente, por su unidad de alma, en las formas que asegurarían y acelerarían su triunfo».²⁵

Me permito incluir ahora una digresión que un lector de Zambrano pudiera agradecer. Siento una curiosidad por el uso del sustantivo forma en este diario y en el documento más relevante del pensamiento de Martí sobre la guerra: el «Manifiesto de Montecristi». Noto que la palabra «forma», generosa en su sinonimia de la que el autor toma «molde» y «estructura» se repite tres veces en lugares claves de las bien pensadas y escasas cuartillas del «Manifiesto de Montecristi»,²⁶ siempre asociándose, al perseguir esa «forma», con el nacimiento de la nueva república cubana. Convencido estaba y lo establece en «Nuestras ideas», texto de 1892, «que por la guerra se obtendrá un estado de *felicidad* superior a los esfuerzos que se han de hacer por ella».²⁷ El rastreo textual me compele a la pregunta: cuando reflexiona sobre esa forma futura, «viable, propia, natural», adjetivos con que la califica junto a sinónimos como «molde» y verbos como «ordenar», ¿estaría tratando de buscar con su política mística «la forma» en que el «Dios consciencia»,²⁸ como él le llamaba, pudiera participar y ordenar la vida material de la sociedad, en particular esa guerra que él se ha visto en la necesidad moral de organizar? Esa forma que anhela y a la vez no puede definir en palabras concretas, ¿sería acaso una utópica fórmula que pusiese freno a las ambiciones

22. Zambrano, M., «Martí, camino de su muerte», *op. cit.*, pág. 145.

23. Citado en Martínez Estrada, *Martí revolucionario*, *op. cit.*, pág. 287.

24. Citado en González Cruz, *Diccionario. Vida y obra de José Lezama Lima*, *op. cit.*, pág. 501.

25. Martí, J., *Diario de campaña*, *op. cit.*, pág. 36. La cursiva es mía.

26. Martí, J., *Obras completas* (edición digital), La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001, págs. 99-100.

27. Martí, J., *Obras completas*, 2 vols., La Habana, Lex, 1953, vol. 1, pág. 420. La cursiva es mía.

28. Citado en Agramonte, R., *Martí y su concepción del mundo*, Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1971, pág. 408.

29. Véase *ibidem*, págs. 144-145.

30. Lo desarrolla más en la siguiente cita: «Las leyes de la política son idénticas a las leyes de la Naturaleza. Igual es el Universo moral al Universo material. [...] Todo es idéntico», citado en *ibidem*, págs. 143-144. Aún más claramente notamos la huella rectora del pensamiento analógico en Martí cuando dice: «El orden general de la Creación está repetido, como en todos los órdenes parciales, en el orden humano», *ibidem*, pág. 145.

31. Zambrano, M., «Martí, camino de su muerte», *op. cit.*, pág. 144.

32. Martí, J., *Diario de campaña*, *op. cit.*, pág. 38.

33. Para antes, muy presumiblemente, de que Martí entrara en contacto con los clásicos de la filosofía occidental de modo sistemático, gracias a sus estudios en España, estando aún en La Habana, una fuente de inspiración sobre la ética debieron ser sus conversaciones con el maestro Mendive o, de modo directo, los Evangelios, mediante una Biblia leída cuando estuvo prisionero en la Finca El Abra. Martínez Estrada se ha referido ampliamente a la influencia de los Evangelios en *El presidio político en Cuba*.

de grupos y dirigentes políticos, que detuviese los festines del ego y el poder, para dar paso a la encarnación de la patria en la humanidad, o más íntimamente, más entrañablemente, incluso en la persona? La afinidad con Zambrano, quien no creo que hubiese leído ese texto del cubano, es, no obstante, más que obvia, trascendente. Recuerden acá el famoso aforismo martiano «Patria es humanidad» y el título de su artículo «Persona y patria», de 1893, cuando pensemos en el conocido texto de la española: *Persona y democracia* del año 1958. ¿Explicaría este tipo de universalidad que Lezama hubiese situado a Martí en el colofón de sus «Eras imaginarias? ¿Sería esa la universalidad martiana como sugería Roberto Agramonte en su monumental estudio: la de querer fundir lo «Uno eterno», lo divino, en lo diverso, léase lo social?²⁹ ¿No es acaso plausible si para Martí existe «una armonía universal»?³⁰ ¿Es esa la universalidad que Zambrano le reconoce: «Por eso Martí no podía dejar de ser universal, de sentir universalmente el trozo de historia que le tocó vivir. Dejó esta acta de nacimiento a la Nación cubana: haber nacido, no de una ambición partidaria y particularista —de un afán de escisión—, sino de un anhelo de integrarse a la Historia Universal».³¹ Dejemos la digresión y finalicemos la glosa.

El 17 de mayo Martí escribe sus últimas palabras para testimoniar las ofrendas de comida, de respeto y de amor: «Rosalío, en su arrenquín, con el fango a la rodilla, me trae en su jaba el almuerzo cariñoso. Por Ud. doy mi vida».³² Y lo ronda, como fantasma, el deseo frustrado de amor filial: «Otro hijo hay aquí». En tanto, anota, «está muy turbia el agua crecida del Contra maestre y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo». Con esta frase se interrumpe la escritura.

La temprana muerte de Martí lo dejó sin tiempo de escribir aquel libro que ansiaba titular: «El sentido de la vida». Libro utópico, solo posible como fragmento, que refleja las mismas ambiciones de Lezama queriendo escribir un «sistema poético» o de Zambrano afinando durante toda su obra las notas del método de la «razón poética». Quizá ese libro inconcluso de Martí hubiera ofrecido más claves sobre su misticismo y sobre su ética.³³ En el campo de batalla solo pudo escribir el diario que hemos glosado mediante otros maestros que lo fueron suyos si los consideramos dentro de la «tradición». La Historia cobró su parte y el momento exigió de Martí el último sacrificio: la entrega de su propia voz. Se había preparado toda su vida y simplemente deviene vehículo de lo que considera divino, aquello donde ha encontrado finalmente a Dios: la naturaleza, el ser humano sencillo y su patria.

Parafraseando a Certeau, diré que su escritura mística consiste en deshacerse en lo que describe. Si las imágenes que nos entregó fueron, como sugiere Lezama Lima, fecundadas en un «espacio gnóstico», aún tendremos mucho tiempo para volver a ellas en la segunda secularidad de Martí que comienza en el siglo XXI.